



TOMO III.—NÚM. 36.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Número suelto, un real.

DIRECTOR: VALENTIN L. CARVAJAL.

Administracion, Lepanto 18.

ORENSE.—MIÉRCOLES 10 DE MAYO DE 1876.

AÑO III.—NÚM. 139.

SUSCRICION: tres pesetas trimestre

en toda España.

SUMARIO.—La isla de Patmos. (conclusion), por M. Curros y Enriquez.—Cuadros de la guerra, por Concepcion Arenal.—Paseando por Athenas, por J. Ojea.—Perspectivas de viage. (poesia), por Jesus Muruais.—Revista de modas, por Sofia Tartilán.—Seccion bibliográfica.—Conocimientos útiles.—Seccion Local.—Anuncios.

Galicia espera del cielo y patriotismo de sus representantes en el Congreso y en el Senado, consigan del Gobierno de la Nacion que las Empresas de los ferro-carriles del Noroeste cumplan sus sagrados compromisos, ó de lo contrario se declare la rescision de los contratos, procediéndose inmediatamente á la liquidacion de las obras.—No mas prórrogas.

La Redaccion.

LA ISLA DE PATMOS.

(Conclusion.)

San Juan estuvo desterrado: ¡era misionero de un ideal sublime cuyo término es siempre el sacrificio! Y el punto de destierro á que le condenó el despiadado Código gentílico fué la isla de Patmos en el Archipiélago griego, donde habían gemido ya otros muchos apóstoles de la religion y de la ciencia; pero

el buen discípulo, intrépido siempre y siempre lleno de entereza, no se desalentó un momento ante la gravedad de su triste situacion: al contrario, allí pensaba en su maestro, recordaba sus palabras, llenábase su espiritu ardiente de fé y de esperanza, y olvidando sus dolores, y remontándose por ellos hasta Dios, perdiase en su seno y allí leía los misterios que al tornar de sus extásis nos revelaba.

— Merecia por cierto su corazon valiente ser iniciado en los profundos arcanos de la Divinidad y solo á sus grandes virtudes podia reservarse el privilegio de leer en los secretos de la mente increada, para anunciarlos á los hombres bajo formas tan sublimes y admirables. Allí, pues, fué donde escribió el *Apocalipsis*, ese florón de todas las sectas que emanan del cristianismo; ese libro que nadie puede leer sin sentir el alma conmovida y agoviadas las sienas; ese libro donde, tras las mas grandes catástrofes, tras las convulsiones mas grandes de la materia, se ve aparecer

magnífico, esplendente, radiante de hermosura y gloria, el imperio del alma, el reinado de Dios y el triunfo del perdón y su clemencia. ¡Y qué! ¿No es esta por ventura la esperanza de la humanidad? ¿No es este el ideal de la vida?

Leyendo el *Apocalipsis*, el hombre crece y se eleva á una region tan sublime, que se desdenna, en su arrebató, hasta de mirar al sitio donde tuvieron lugar tantas revelaciones. Empero, nosotros tenemos que descender á él, ya para sintetizar el objeto de estos apuntes, ya por que nos conceptuamos escasos de fuerzas para seguir el vuelo de tan gigante fantasía.

Patmos es una pequeña isla del mar Egeo, que tiene de 25 á 30 millas de circunferencia; su aspecto es desagradable, en muchos puntos, sobremanera escarpadas sus costas: los romanos escogieron para destierro este peñon estéril é infecundo.

Entre otros varios autores, el inglés Emerson ha descrito esta isla diciendo que parece haber tenido un origen volcánico, fundándose en el caliginoso aspecto de un informe peñasco, cubierto en su superficie de tierra vegetal y que parece debe reducirse un dia á cenizas, bajo los rayos de un sol ardiente. Plinio la describe tambien con maravillosa exactitud, coincidiendo sus noticias con las de aquel autor. Encuentranse en ella muchas iglesias, de las cuales algunas sólo se abren en los aniversarios de las fiestas de los Santos, á los que están respectivamente consagradas.

La ciudad moderna de Patmos, única en toda la isla, y el Monasterio de San Juan, coronan la cumbre de aquella colina, distante una hora del mar. Compónese este monasterio de varias torres, cuya singular arquitectura dá al conjunto del ancho monumento un aspecto más militar que religioso. Los monjes congregados en él, están bajo la protección del Obispo de Samos, con permiso especial del gran Mufti de Constantinopla, y gozan del rarísimo privilegio de tener una campana para llamar á la oracion á los creyentes. Atribúyese este privilegio á la veneracion que, segun dicen, tienen los turcos al carácter de San Juan. La iglesia es magnífica y

sus naves tienen algo del desórden y variedad de las inspiraciones apocalípticas: la biblioteca de los religiosos contiene algunos tomos impresos, obras casi todas de los P.P. de la iglesia, á excepcion de algunos manuscritos hebreos que parecen haber sido recojidos y conservados con especial esmero.

La ermita de San Juan se encuentra en mitad del camino que vá del Monasterio al mar, siguiéndose un sendero difícil por lo escabroso y hallándose á un lado la sagrada gruta donde aquel evangelista escribió su *Apocalipsis*. Ensenáanse dos huecos en la parte superior de la roca por donde la tradicion dice haber recibido San Juan las inspiraciones celestiales; y estos huecos repútanse tan sobremanera sagrados, que la devocion con que se miran, sólo cede al respeto santo de que es objeto en la ciudad deicida el sepulcro de Jesucristo.

Sus habitantes pueden ascender de 4,500 á 5,000, y su aspecto está casi en armonía con el de toda la isla: van tan mal vestidos y son tan extremadamente sucios sus moradores, que parecen desconocer todo principio higiénico y toda idea de cultura.

Tal es la perspectiva que ofrece en el dia una tierra que debió temblar bajo la planta del *Solitario de Patmos*.

Manuel Curros y Enriquez.

CUADROS DE LA GUERRA.

XIV.

En el pueblo de T., enclavado en el teatro de la guerra, entran algunos viajeros: uno de ellos, inglés, no comprende bien el castellano, ni está todavía muy enterado de los usos y costumbres de España. Vé sobre las puertas de las casas un cuadrilongo blanco con letras negras, que dicen: *Soldados, oficiales, jefes, caballos*, y con señales de admiracion pregunta á un compañero de viaje:

—No comprendo estos letreros. Yo creia que los que están en las paredes indicaban objetos de venta; caballos comprendo que se vendan; pero soldados, jefes y oficiales no se han de vender, y en todas las casas; ¿cómo, pues, no hay ninguna sin este incomprendible anuncio?

—No es anuncio, es una medida de órden. En la confusion y baraunda de alojarse en un

pueblo pequeño una gran columna de tropa, es muy conveniente que las casas estén ya reconocidas y clasificadas, según sus comodidades y capacidad, como igualmente las cuerdas. Antes de las palabras soldados, etc., note usted que hay un número que indica cuántos pueden alojarse allí.

—Me parece una excelente idea, y habiendo tanto orden, comprendo menos la determinación de aquel caballero que emigraba por no poder sufrir los *alojamientos*.

—Ese orden no le hay en todos los pueblos, ni aun en los más; no se guarda, no puede guardarse cuando entran en ellos numerosas fuerzas: donde dice 10 soldados, entran 30; donde se lee 3 oficiales, suben 12; y aunque la buena regla se guardara, las vejaciones, que no se pueden evitar habiendo alojados, son de las más intolerables que abruma á un pueblo.

—No me parecía que pudieran ser tantas.

—No se notan á primera vista ó mirando de lejos, como aquellas que no se adivinan ni se comprenden. Cuando el hombre recurre á la violencia, y encomienda su derecho á la suerte de los combates, hace como el que soltara muchas fieras, y pusiése en circulación muchos venenos; las fieras braman y desgarran haciendo gran ruido y causando horror: los venenos minan en silencio y lentamente las existencias, sin que se estremezca nadie, ni lo nóten más que sus víctimas. Ya que conversando hemos salido hasta el campo, y puesto que el día está hermoso, sentémonos detras de este matorral sobre el camino, y escuchemos las conversaciones de los que van por él.

—No será difícil, porque los españoles observo que hablan muy alto.

—Es una de las muchas cosas en que hacen mal: escuchemos.

.....

Después de un rato de silencio, en que el español y el inglés oyeron varios diálogos de los transeuntes, dijo el extranjero:

—Aunque no sé la significación de algunas palabras usadas por la gente del pueblo, me parece que oigo hablar mucho de *alojados*.

—Le parece á usted bien. Hoy repito una observación que he hecho muchas veces: la conversacion de la mayor parte de los transeuntes, más ó menos directamente, se refiere á los *alojados*, como en tiempo de cólera se referia á la epidemia: el alojamiento en estas poblaciones es una calamidad pública. Antea-yer habia convenido con un paisano en que al día siguiente me llevaria con su pollino á L., que dista tres leguas. A las diez de la noche vinieron á decirme que un vecino suyo le habia matado de una navajada. Me afligí de aquella desgracia y estrañé aquel crimen, porque matador y víctima decian que eran hombres pacíficos. *Habrá sido cuestion de alojados*, dijo una señora que oía la relacion de aquella tragedia. Tuve por ridícula la explicación de una persona que, muy razonable en

todo lo demás, parecia maniática cuando se hablaba de alojamientos; y no obstante, lo que calificaba de absurdo era la verdad: una cuestion de *alojados*, sobre si tú tienes menos y yo más; sobre si yo no intrigo para evadirme de la carga y tú sí, habia sido la causa de la muerte física de un hombre, de la muerte moral de otro, y de la desgracia de las familias de entrambos.

—No imaginé yo que esta cuestion pudiera ser tan grave.

—Gravisima. Yo conozco aquí á mucha gente de todas clases y condiciones: si quiere usted acompañarme, entraremos en algunas casas, y usted, que como inglés mira como un sacrado la suya, sentirá lo terrible de esta profanacion.

—Acepto; haré con usted esa especie de visita domiciliaria.

—Empecemos.

.....

—Andrea; ¿qué tienen esos muchachos? ¿Cómo lloran todos á un tiempo? ¿Ha habido vapuleo general? Yo creí que tenia usted muy buen genio.

—Pan es lo que no tengo que darles, y por eso lloran.

—¿Y su padre? Siempre ha sido trabajador y arreglado. ¿Está enfermo?

—No, señor; está en el monte por leña. Los alojados gastan una carga cada dia: como á ellos no les cuesta mas que quemarla, no piensan que vale 8 ó 10 rs., que es el jornal de un hombre. El mio hace dias que trabaja para ellos; hay que darles con que hacer la comida y por eso mis hijos no la tienen.

.....

—Señora Juana, no creí encontrarla á usted á esta hora y en este sitio. ¿No hay que lavar?

—Sí, señor, pero no puedo ir al rio. Como soy sola, si dejo la casa, calcule usted la cuenta que me darán de ella los *alojados*. Además, de la última colada, como no tengo donde encerrar la ropa, y ellos son dueños de toda la casa, me faltaron varias piezas: me hago cargo que, para el que no tiene camisa sino hecha un harapo, ni calzoncillos, es una tentación; pero yo pierdo mas que gano, y mientras tenga tantos *alojados* no vuelvo á lavar.

.....

—¿En dia de trabajo sin trabajar, Eusebio? ¿Le ha caído á usted la lotería?

—Alguna maldición si que nos ha caído á todos.

—¿Está usted enfermo?

—No, señor. Mire usted como está esta casa, que es un puño, con 30 *alojados*. Mi mujer es jóven, á nadie le parece fea, y como hay hijos de muchas madres, mientras esto dura no quiere quedarse sola, ni yo dejarla.

.....

—La veo á usted descomulgada, Doña Teresa. ¿Qué tiene usted?

—Los *alojados*.

—Una nueva enfermedad.

—Una verdadera peste.

—Si no toma usted con más calma ese inevitable mal, temo que le traiga á usted alguno grave.

—Y yo tengo por seguro; pero no es posible tener calma en medio de esta baraunda, viendo mi casa hecha medio fonda, medio cuartel, medio que sé yo. Cuatro jefes, 16 asistentes y ordenanzas, cada uno comiendo y recogiendo á su hora; todos pidiendo vajilla, y servicio, y ropa de cama y de mesa limpia, y sin encontrar quien lave, ni quien planche, ni quien haga nada. Posesionados de la cocina y de la casa, no tenemos donde guisar ni donde vivir; los niños tienen hambre, y no está la comida; tienen sueño, y no es posible acostarlos; por supuesto, en cama de sillas, porque las otras están todas ocupadas. No hablo del gasto; porque este mal, que en otra ocasión me parecería grande, en ésta no merece mencionarse. Quiero atender á todo, y no puedo poner orden en nada. Necesitaba estar en el mostrador para ayudar á mi marido; los dos dependientes principales han tomado las armas, uno voluntariamente, otro por fuerza, y ni en la tienda hago cosa de provecho, ni arriba tampoco: me vuelven loca llamándome *patrona* á todas horas, con exigencias que, si fueran de uno solo, serían llevaderas; pero teniéndolas tantos, son intolerables. No estrañe usted, pues, que tenga apariencia de enferma, ni que lo esté, ni que se me vuelva el juic:o.

—Vamos, amigo, que la casa estará animada; el general, los ayudantes; toda gente apuesta y lucida y de agradable trato.

—Si viniesen uno á uno y no estuvieran *alojados*. Dicese que va á salir la division; si es cierto, ántes que vuelva me voy.

—Con tanta familia y dejando la hacienda.

—Una ruina, pero es mayor si me quedo. ¡Mire usted que casa. No conocerá usted ni las alfombras, ni las colgaduras, ni el servicio, ni nada. ¡Todo roto, todo descabalado! Luégo mi mujer es incorregible; quiere tratar á los *alojados* como *huéspedes*, y esto no puede ser; empezó así, y ya no es posible variar: no basta una persona para traer agua, ni doce para asear las habitaciones, lavar, planchar, etc. Si echan manchas de vino en los manteles, y las echan todos los días, poner otros; si rompen una taza del juego de café, al chinero para sustituirla; aunque gasto una renta en leña, todavía los asistentes me quemam las sillas, que dicen son especiales para hacer fritos. Con otras cosas, mejores para dejadas que para dichas.

—Luisa, me habian dicho que papá estaba enfermo.

—Y le han dicho á usted la verdad.

—¿Pues cómo hay este infernal ruido?

—Ruido y alojados son cosas inseparables. Les pido por Dios que no griten ni pisen tan fuerte; un momento hablan quedo y pisan suave, pero al minuto despues, la misma algarabía. ¡Y papá, que tiene todo su mal en la cabeza!.... ¡No sé qué va á ser de él y de nosotros!....

—No conozco á la gente de esta casa; pero oigamos el diálogo entre esos alojados y aquella jóven aflijida.

—¿Qué tiene usted, lucero? No hay que llorar; aquí viene gente de buen humor para consolarla. Si no echáramos las penas al diablo, ya nos hubiera llevado. ¡Diez horas de fuego sin tener en el cuerpo más que las ocho leguas que nos hemos echado! A no ser los que traen en él alguna bala por añadidura. Si su novio de usted es de los que han caído, relevo, y á vivir; en tiempo de guerra no deben las muchachas enamorarse de véras. Con que lo dicho, y un cuartito donde podamos descansar.

—No hay más habitaciones.

—Vamos, salada, para esto de husmear dormitorios tenemos buen ojo los que no le hemos pegado en dos noches. Aquella luz que hemos visto por fuera debe ser de este cuarto; y haciendo tanto frio en la calle no está bien que se quede desocupado.

—Ahí no se puede entrar.

—¿Por qué?

—Porque..... ahí.....

—No lllore usted así, que se pone usted fea, y es lástima. ¿Qué hay ahí que no podemos entrar?

—¡Mi madre muerta!

—Más de 200 muertos he visto yo hoy; no la despertaremos; ninguna ventaja saca de que nos helemos en la calle; despues de todo, no será de las peores patronas; á lo ménos no gruñirá, y yo podré decir que las he tenido de todas clases.

Esto diciendo, el veterano abre la puerta, mira con indiferencia el cadáver de una mujer, acomódase en la habitacion de sus compañeros, y todos se duermen.

La jóven, sollozando, se arrodilla á la puerta del cuarto: el inglés dice: *¡Los españoles!* El español responde: *¡La guerra!*

Concepcion Arenal.

PASEANDO POR ATHENAS.

ESTRAVAGANCIAS SONOLIENTAS.

que dedico á mi muy buen amigo

DON MANUEL MARIA PUGA

ciudadano de Vigo.

(Continuacion.)

Pero de todo lo que acababa de escuchar, quedó resonando en mi oído el nombre del

gran poeta tebano, porque con la misma resonancia vino, en aquel instante, á mezclarse el nombre de Voltaire y los versos que al vate griego dedicó el vate francés:

*Toi qui possedas le talent
De parler beaucoup sans rien dire,
Toi qui modulas savamment
De vers que personne n' entend.
Et qu'il faut toujours qu'on admire.*

Recitando estaba esta especie de *charivari* regalada, como en forma de epitafio, al compositor de los himnos patrióticos; mas he aquí que salen del templo la dulcísima Corina y la armoniosa Mirtis.

—¡Oh Mirtis!—decía á su amiga la primera—¡Cual es tu ceguera! Pindaro es un hombre (1) y no sienta bien á tu pudor que á combatir con él descienda tu musa rival de la de Homero.

—Dices bien, mi dulce amiga; mas ¿porque tu no has desdeñado arrebatarle nueve hojas de su corona descompuesta por la tuya, semejante á la de Orfeo?

—No quieras cubrirme de rubor ¡Oh, Mirtis! No son de su corona, son del laurel del mismo Apolo.

—¡Marrana!! (2) gritó como un ogro enfurecido el poeta, apareciendo súbito detrás de una columna.

¡Por la cabeza de Medusa!—exclamé—que si esto oyera el insigne autor de la *Henriada* no te llamaria ininteligible ¡oh divino lírico!

Montado en ira, el lírico divino, arremetió conmigo mostrando tal ardimiento, que los lacemonios hubieran huido espantados de ver tanto en sus enemigos; y vociferando injurias á granel me amenazó con el puño diciendo:

—Para ti y para tu Voltaire me sobra gloria con que confundiros.

—Para confundirme á mi.....,—comenzaba yo á decir temblando.

—¡Calla!—gritó nuevamente como un energúmeno—ó te rompo la cabeza con la lira.—Ya que no tengo á mano á tu Voltaire, yo seré para ti lo que para él fueron los criados del caballero de Rohan.

—Reportaos, divino Pindaro,—balbuceé temblando mas todavía.

—¡Qué soy oscuro! ¡Qué soy difuso!—siguió hablando como un desesperado—¡Y me lo dice esa lengua infernal que espantó al vicio!.... Heredero de una cortesana y agraciado por la Pompadour, otra cortesana, con una silla en la Academia.... ¡oh, si yo te cogiera aquí! *Paris te coronó, Sodoma te hubiera desterrado*, y yo te hubiera roto las costillas.

Dejóme, por fin, con grande gusto mio, el encolerizado poeta, y yo tomé *el tole* por aquellas calles que tantas grandezas vieron, y que alguna vez ha recorrido, con el modelo del epi-

grama en los lábios, el autor de los *diálogos de los muertos*, al paso que iba pronunciando este monólogo:

¡Qué desencanto! ¡Cuán diferentes nos parecen los nombres llevados por la Fama á un cielo imaginario, desde donde nos deslumbran con sus gloriosos resplandores, si alcanzamos á mirarlos frente á frente!... ¡Increíble aun me parece!

—No hágais caso,—me dijo un hombre que, á mi paso preocupado, tropecé sentado sobre un pedazo de columna roto, que yo tomé de pronto por un guarda-canton,—todo debe de mirarse con indiferencia ó, si quereis mejor, buscar en todo el placer. ¿Qué os importa lo que aquí ó mas allá sucede? Seguid siempre la senda que os proporcione un goce: esta es la verdadera sabiduría. (1)

—Pero nadie puede desentenderse de sentir el movimiento de ciertas emociones, escondidas en nuestra existencia como la electricidad en el ámbar de vuestros mares.

—¡Torpezas!—respondió bostezando.

—¡Torpezas!—repetí admirado—¿Y quien es capaz de ahogar esos sentimientos tan naturales en el hombre, como, por ejemplo, el de la patria?

—El mundo es patria comun—dijo con pereza—, es decir: no es patria de nadie.—«Yo soy extranjero en todas partes.»

—Habreis bajado de la luna, cuando no del cielo como Apolo, y entonces lo comprendo—le respondí con intencion.—Sin embargo ¿tendreis amigas aqui abajo?

—Si, el placer.

—Esa amistad es harto inconstante.

—Toda otra pasion del alma—habló espezando—pone al hombre en el peligro de buscarse sacrificios y molestias en beneficio ajeno, y esto seria «renunciar á la verdadera sabiduria en obsequio de los tontos.» (2)

—¿Sois, acaso, Aristipe?—le pregunté con curiosidad.

—No; ese está en Cirene.—Soy Epicuro.

—Pues quedaos con Dios. No me gusta vuestro egoismo.

—¡Ah, el placer!—exclamó buscando la postura mas cómoda.—¿No veis como todos le buscan con afan y le adoran como á una divinidad?

—Verdad es esa,—me puse á discurrir preocupado por la originalidad de aquel hombre extraño—, proclamada por nuestra cronologia escrita en las columnas del templo de Elide (3) y que tampoco desconocia Hipérides cuando apeló al supremo recurso de dejar en cueros á su bellísima cliente delante del severo tribunal que iba á condenarla por delito de impiedad.

—¿Por qué, entonces, mostrais menosprecio hácia el placer?

(1) Las escuelas sensualistas, especialmente la fundada por Epicuro, degeneraron en sus discípulos hasta el abuso mas repugnante, como todos saben perfectamente.

(2) Atribuyo á Epicuro frases y dichos de Aristipo por que en realidad, sus doctrinas, aunque algo diferentes en principio, conducen á idénticos fines.

(3) Los griegos fijaron su era por medio de los grandes regocijos públicos.—Laurent.

(1) Existe una composicion de Corina que encierra este argumento.

(2) Son muchos los autores donde puede verse. En las *Causeries du lundi* de Mr. Sainte-Beuve) he leído un pequeño artículo titulado: *La gravelure de Pindaro*.—Pero Cesar Cantá está mas á mano para todos.

—Porque ahí hay algo mas alto y mas digno que una material y repugnante satisfacción de los sentidos: el orador arrebatando el velo de la cortesana, llamaba al arte, como emanación divina, en auxilio de su defendida, y el juez se sintió avasallado en su alma por aquella fulguración celeste, como Endimion delante de la sagrada cazadora de la noche; vuestros juegos piteos, nemeos, istmicos etc., al paso que son el palenque donde vuestros conciudadanos concurren á hacer ostentacion de los mayores beneficios que el hombre tiene que agradecer á los dioses (1), avivan, en el corazón de aquel, el amor á la pátria y cumplen la providencial mision de unir á los diferentes pueblos en una sola familia, la Humanidad. (2)

—¡Pátria, dignidad, nobleza!...—pronunció el filósofo paladeando con indolente lentitud las sílabas—palabras, palabras, palabras... rumor del viento....

—¿Qué decís?—le interrumpí con exaltación.

—El vicio sonoro—prosiguió sin hacer caso—recursos músicos, flechas de la ambicion que algun lábio pérfido arroja sobre una muchedumbre de bestias ó de incautos, lazos que sugentan á la ignorancia ¡Cuánto tonto! Y bostezando por centésima vez me dijo con mal humor:

—Dejadme en paz.

—Quedaos con toda la que gustéis.

José Ojea.

(Continuará.)

PERSPECTIVAS DE VIAGE.

I.

Allá en el fondo del paisaje agreste
Que á meditar convida,
El Sol bañaba con sus rayos de oro
Una humilde casita.

Solo turbaba el matinal silencio
En que todo yacía,
El apagado son de la campana
De la lejana ermita.

¿Porqué la vista de este dulce nido
Tornó mi faz sombría?
¿Porque sentí, de pronto, al verme solo,
Tan amarga la vida?

II.

A la luna ocultaba negra nube,
Y suspiraba el viento,
Y del buho lejano se escuchaba
El grito lastimero.

Entre una doble fila de cipreses
Mis ojos distinguieron
Cien nichos sumergidos en lo oscuro
Del pobre cementerio.

¿Porqué sonrió con alegría extraña
El cansado viagero?
¿Porque envidió de cuantos allí duermen
El no turbado sueño?

Jesus Muruáis.

Madrid, Octubre de 1875.

REVISTA DE MODAS.

En cumplimiento de nuestra promesa, vamos á dar á las discretas lectoras de *El Heraldo*, las últimas noticias que sobre modas hemos podido recoger, aunque todavía no serán definitivas con respecto á trajes de primavera, por que son muy pocos los días que se han presentado serenos y agradables.

Las brisas dulces y perfumadas, precursoras de la estacion de las flores, se están haciendo esperar demasiado, y la moda se muestra á su vez tímida y contrariada, por que ya tuvo que retroceder hácia el invierno dos ó tres veces, gracias al intempestivo frio que reinó en las últimas semanas.

En Madrid, es costumbre tradicional abandonar el día de jueves Santo los trajes severos que se han llevado durante la cuaresma. En la visita de las estaciones se despliega un lujo y una suntuosidad en el atavío que llama la atención hasta de los extranjeros que llegan de las primeras Capitales de Europa. El terciopelo y los brillantes lucen su riqueza y esplendor en primer término, y todo el mundo se esfuerza en sobresalir y brillar cuanto es posible, cada cual segun su clase; mas terminado este acto, los trajes serios vuelven á recobrar su perdido dominio, y no le abandonan hasta pasada la páscoa. Haga ó no calor, la primavera no se considera llegada, sinó cuando ha pasada la primera semana que sigue á la terminacion de la cuaresma, y generalmente la moda de la estacion se inicia en los Teatros, invadiendo despues las calles y paseos. Por eso ahora se vén ya por todas partes atavíos llenos de frescura y gusto.

En la moda de primavera los dibujos en telas de poca pretension son los cuadros, como lo fueron en las de invierno. La combinacion se hace con tela de un color solo igual, en punto á uso, de á cuadros, y la forma la misma que indicamos últimamente, esto es, la *túnica* mas ó menos complicada. Apesar de que la *túnica*, no solo se sostiene, sinó que domina con preferencia, no por eso dejan de llevarse el *mantelot* y la *coraza*. Lo que si ha desaparecido por completo, son los *recogidos*, adoptándose en definitiva la forma inglesa. En adornos alternan los *bieses* y los *flecos mexicanos*; pero estos últimos son mas propios de trajes lisos.

Las *sedalinas* y los *brochados*, ó *damascos* de lana y seda, gozan de gran favor y dan un resultado muy bello, combinándolos con gusto y habilidad. Las *sedalinas* listadas de blanco y negro admiten asi mismo combinaciones de brochados. Los trajes ricos llevan la misma forma, con la sola diferencia, de que en proporcion que la tela es mas costosa, el adorno es mas sencillo. La *cola estensa* y en forma de abanico es una necesidad para los trajes de pr

(1) La fuerza, la destreza, la inteligencia y la imaginacion. —Maury.

(2) Relativamente, puesto que allí no concurrían todos los pueblos de la tierra.

tensiones que, de modo alguno, pueden llevarse redondos ni de media luna. La *mangu* varía en la forma como todo lo demás, llevándose lo mismo la de cartera Luis XV, que la del Imperio, que termina en *rizados* ó *volante partido*.

Los *abrigos* de primavera son los mismos del invierno en cuanto á la forma, diferenciándose solo en la tela, que es mas ligera, y en el adorno en donde la *pluma* sustituye á la *piel*.

Los sombreros ofrecen una inmensa variedad, pero sobre todo lo que mas favorece para un bonito atavío primaveral, es la *toquilla* de encaje ó imitación, pero de grandes ondas. La mantilla blanca y color de *crema* es la prenda del momento sobre todo para Teatro y paseo en carruaje.

El color *azul marino* sigue de moda, y las rubias pueden abusar de él, seguras de estar siempre encantadoras, ya lo lleven en el traje, en el sombrero, ó simplemente en lazos y combinaciones. El *rosapálido* tiene la misma propiedad: son los colores de las rubias de los ojos azules, y la *téz* de nieve; miéntras el grana, el blanco, el color de *limon* y la *crema*, parecen estar hechos solo para las morenas de ojos de fuego y cabellos de azabache.

En el resto de los detalles, se nota todavía alguna vacilacion, y no acabarán de fijarse hasta que entre definitivamente el calor y pase la primera quincena de Mayo, porque las novedades propiamente dichas aun no han llegado á los almacenes, que por ahora se contentan con exponer á la vista los restos del año pasado, combinados con algo de lo poco nuevo, que como muestra han recibido.

De todo lo que hemos citado como géneros de moda, solamente nos atrevemos á recomendar á nuestras lectoras las *sedalinas* y los *brochados* de medios colores pues los dibujos de cuadros se vulgarizaran en las telas de verano como se vulgarizaran en las de invierno.

Los trages de casa han perdido mucha de su importancia por lo mismo que se les quiso recargar demasiado resultando ahora que el mas sencillo es el mas estimado. La sencillez es el auxiliar mas poderoso de la verdadera elegancia, y nada hay tan ridículo como esos trages de casa, llenos de pretensiones, que por lo recargados roban la libertad en los movimientos, embarazan la accion, y obligan á estar dentro de la casa propia con el empaque y la etiqueta del que se halla en una visita.

Convencidas de esta verdad, muchas señoras renuncian á los trages de casa que prescriben los figurines y periódicos de modas, y adoptan la bata en forma de *sotana* como atavío de confianza, y la bata suelta para salida de cama, y las primeras horas de la mañana hasta despues del almuerzo. Las *bata-sotanas* deben hacerse de *piqué* blanco ó cualquier otra tela que no sea transparente para poderla llevar sobre muy poca ropa interior. Los bordados á la inglesa, es el adorno que requiere esta prenda elegantísima, si está bien hecha. Debe ir abrochada á un lado con botones de azabache ó terciopelo negro, único color que admite para diferenciarse de las salidas de cama que llevan lazos azules ó rosa. Con estas batas pueden llevarse toda clase de peinados y flores naturales en la cabeza, pero nada de joyas ni brazaletes.

Nada nos resta ya que añadir por el momento, por lo cual damos por terminada nuestra tarea, hasta que tengamos novedades de verdadera importancia que poner en conocimiento de nuestras amables lectoras.

Sofía Tartilan.

Madrid, Mayo 6 de 1876.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

Guia del viajero en Santiago, por Ramon Alvarez de la Braña—Leon—1876—*volúmen* de unas 60 pág. en 8.º

Felicitemos al autor de este folleto, que en tan cortas páginas, supo dar á conocer una de las mas importantes poblaciones de Galicia. Despues de un pequeño prólogo al lector en que manifiesta la necesidad que hay en estos tiempos de facilitar Guías al viajero ilustrado, y de lamentarse del mal estado en que se hallan nuestras vías de comunicacion, divide su trabajo en nueve capítulos á cual mas interesantes. Da una idea general de la ciudad compostelana, su situacion, rios, clima, plazas y calles, monumentos religiosos y civiles, establecimientos de instruccion pública, hombres ilustres, peregrinos célebres, y termina con la fundacion de Compostela y hechos mas notables de su historia.

Recomendamos esta Guia á nuestros lectores y bien quisiéramos para cada ciudad de Galicia una obra de este género.

X.

Se han repartido los cuadernos 1.º y 2.º de la obra *Detrás de las Trincheras, páginas intimas de la guerra y la paz desde 1868 hasta 1876*, que con gran éxito de curiosidad está publicando en Madrid el conocido escritor D. Julio Nombela. En ellos se dirige una mirada retrospectiva á la historia política de España en el presente siglo, se esplican los principios fundamentales del partido carlista, las causas de las vicisitudes que ha sufrido; se examinan las causas que contribuyeron á la guerra, y se dan á luz algunos documentos en extremo curiosos. En el 2.º cuaderno se hace el relato de lo que pasó en el Consejo que reunió D. Carlos en Lóndres en Julio de 1868. Con los dos cuadernos se han repartido los retratos de Martinez Campos y de Dorregaray.

Esta obra adquiere doble interés al recordar que su autor ha tenido ocasion de enterarse á fondo del asunto que trata: y sin entrar á juzgar las opiniones que sustenta, aun para combatirlas, es útil y en extremo curiosa la lectura de su trabajo.

Publicase por cuadernos semanales al precio de 2 reales cada uno, y á cada cuaderno acompaña una lámina. La obra constará de 20 cuadernos.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PROCEDIMIENTO PARA CONSERVAR AL CAFÉ SU AROMA.—El café, cuando sale del tostador, ha perdido próximamente la mitad de su aroma. Para limitar esta pérdida se le añade, para cada 25 kilogramos de café, 750 gramos de azúcar candi. El azúcar, enfriando el café en el momento, detiene la dilatación y concentra enseguida el aroma.

A este procedimiento es debida la reputación de que gozan ciertos cafés; y no á la superioridad de los granos de café que se muelen; que generalmente no son mas que mezclas de calidades secundarias. Por eso debe preferirse comprar el café en grano, y acostumbrarse á tostarlo hasta el punto en que el aceite aromático quede detenido en la superficie del grano, sin volatilizarse: tostándole mas allá de este límite—difícil de obtener—el aroma se pierde. Obtenido el tostado conveniente, es necesario mezclarle, enseguida azúcar en polvo.

SECCION LOCAL.

AYUNTAMIENTO DE ORENSE.—En el día de hoy se han publicado por esta Corporación los siguientes bandos:

D. José Ramos Campo, primer Teniente funcionando de Alcalde de esta Capital.

Hace saber: que las frecuentes infracciones de las disposiciones de policía, ponen á esta autoridad en la precisión de corregirlas con la severidad que la decencia, higiene, comodidad del vecindario y consideraciones que la población exige; y para prevenir tales contravenciones, el Ayuntamiento en sesión de 2 del actual ha creído oportuno reproducir las disposiciones de las ordenanzas Municipales y especialmente las que demandan mas perentoria atención, como las relativas á la limpieza de cuadras, patios y zaguanes; las que prohíben arrojar á las vías públicas aguas y barrederas, las referentes á la detención en las calles de carros y caballerías, bancos, materiales ó escombros de obras y cuanto embarace el tránsito público; á los depósitos en la población de materias inflamables y combustibles á la cria de cerdos, su salida y entrada en la población despues de las horas marcadas; las de limpieza y extracción de agua de los pilones de las fuentes públicas, y por último, cuantas tienen relacion con el aseo, ornato y conservación de los edificios, paseos y jardines; respecto á todo lo que se exigirá la mas rigorosa observancia, y con cuyo objeto, la misma Corporación acordó girar en breve visitas domiciliarias por individuos de su seno, á todas las casas del casco de la población, ordenan á los individuos de guardia municipal y Alcaldes de barrio, denun-

cien toda clase de infracciones para corregirlas, con energía y severidad, lo mismo que las que observan los individuos del Ayuntamiento en las enumeradas visitas.»

Nada para nosotros tan satisfactorio como insertar las precedentes y acertadas disposiciones de nuestra Corporación municipal, pues en ellas se demuestra el celo de que se halla animada por el decoro de nuestra población, y deseamos solo que se traduzca pronto en hechos, no siendo letra muerta como tantas otras que sobre el particular ya se dictaron.

En el segundo bando se anuncia que á las nueve del día de mañana, se vacunarán en la casa consistorial los niños y adultos á que alcance la linfa vacuna, facilitada por el Sr. Gobernador civil de la provincia.

Dentro de breves días, verá la luz pública el 2.º ramiño de **Espiñas, follas, é frores** original de nuestro querido Director.

Nuestro querido amigo y compañero, el señor Hermida, ha solicitado de las Corporaciones provinciales de Galicia, su auxilio moral y material para llevar á cabo una 2.ª edición, con esmero impresa, de su libro recientemente publicado, que contendrá un grabado, ó vista fotográfica del **Retablo**, creación del insigne escultor gallego *Moure*, cuya descripción constituye el asunto de aquella obra.

No dudamos que su pretension sea benévolamente acogida por las Diputaciones de Galicia, pues el pensamiento no puede ser mas patriótico ni mas desinteresado.

En el pasado Domingo, hemos tenido el placer de escuchar las deliciosas piezas con que la Charanga ha amenizado el paseo de Posio. Mas grata para nosotros que el recuerdo de esa tarde, es la esperanza que abrigamos de que no será la última, ni mucho menos, gracias á la amabilidad que tanto distingue al Sr. Brigadier, Gobernador militar de esta plaza.

Parece que ya no pasará por Orense, de regreso de su expedición á Lisboa y Madrid, el distinguido historiador de Galicia, nuestro amigo el Sr. Murguía.

Hace ya dos meses que en Madrid y otras poblaciones se ha dictado el bando tomando precauciones contra la hidrofobia. En Orense, apesar de que el calor aumenta, los dignos individuos de la raza canina vagan impunes por las aceras, haciendo *piruetas* que demuestran claramente el poco respeto que les infunden los dignísimos agentes de policía municipal.